

depende del orden metafísico, desde la perspectiva gnoseológica es preciso reconocer que el conocimiento de los primeros principios morales es *originariamente* práctico: es la percepción por parte de la razón práctica de los bienes básicos a los que el hombre tiende naturalmente.

Y si bien estos principios son indeterminados desde el punto de vista *práctico*, en cuanto que para concretarse operativamente requerirán también de juicios especulativos, no son indeterminados desde el punto de vista *moral*, al punto que permiten al menos excluir determinadas acciones como incompatibles con el ideal de la razón. Al descuidar estas importantes distinciones, la afirmación de Porter sobre una “providencial” pluralidad de “moralidades naturales” basadas en diferentes concepciones de la realización humana parece debilitar excesivamente la referencia común a una verdad acerca del hombre.

GUSTAVO IRRAZÁBAL

---

GEORGE E. TINKER, *Spirit and resistance. Political Theology and American indian liberation*, Minneapolis, Fortress Press, 2004, 144 pp.

---

George E. Tinker es profesor de “Culturas y Tradiciones Religiosas Indígenas Americanas” en la Illiff School of Theology, Denver, Colorado. Ha escrito varias obras acerca de la situación de las religiones nativas en América del Norte entre las que se destacan *Missionary Conquest: The Gospel and Native American Cultural Genocide* (Fortress Press, 1993) y *Native American Theology* (co-authored, 2001). Es un reconocido intelectual en el ámbito de las voces del pensamiento indígena norteamericano, especialmente de la reflexión en torno a las particularidades de los pueblos de Turtle Island. Es miembro de la Osage Nation, lo cual permite comprender la particularidad de su concepción de la soberanía indígena y la colisión que ello establece con algunos de los elementos concebidos en la noción de soberanía occidental.

En la obra presentada en esta reseña ofrece una investigación muy particular acerca de las relaciones entre las culturas de los pueblos NorAmericanos y las tra-

diciones cristianas concebidas en la clave de los euroamericanos. Aunque son sensibles las diferencias que podemos encontrar en los procesos establecidos en nuestros pueblos del sur americano, la propuesta de Tinker ofrece, a nivel de la epistemología de la ciencia de las religiones, un interesante aporte para reflexionar respecto al encuentro entre evangelio y culturas aborígenes y las mecánicas de interacción e integración. Y al mismo tiempo un llamado de atención acerca de una evangelización que quiera imponer categorías culturales de pueblos dominantes antes que poner el evangelio frente a las culturas de los pueblos a los que se anuncia.

El punto de vista del cual parte la obra es un análisis de la relación entre sustentabilidad y liberación. En efecto, el autor sostiene que, luego de cinco siglos de conquista, el esfuerzo por examinar la teología nativa americana quiere conducir a superar la dramática disfunción que existe, en los mismos pueblos indígenas, entre los aspectos personales y comunitarios de la existencia. En esta disfunción, el problema ecológico y su quiebre en el “mundo blanco” y el “sistema global”, ha generado niveles de dependencia que se aumentan, en la comprensión del autor, con el hecho de que la ocupa-

ción contemporánea euro-americana de la tierra indígena ha generado un sistema moral y espiritual de superioridad de derechos y privilegios del mundo blanco, poseedores de beneficios ostensibles en el status económico imperante. Esta disfunción puede ser superada desde una reflexión que acompañe el proceso de recuperación de algunas de las fuentes principales de comprensión del mundo y la salvación en las comunidades nativas.

Frente a este desafío, Tinker reflexiona acerca de dos ideas entrelazadas y provocadoras; la primera es el interrogante acerca de la *soberanía* y el desafío de *liberación*; la segunda, la puesta en cuestión de la extendida noción de *desarrollo sustentable* y la pertinencia de la aplicación de dicho concepto al mundo indígena. Respecto de lo primero, la cuestión de la soberanía, él entiende que los pueblos autóctonos fueron presa de una noción de soberanía a priori, impuesta, que los despojó de sus tierras y del reconocimiento de ser pueblos en cuanto pueblo. Esto lleva a un quiebre, producto de la pérdida de referencias básicas: la tierra, sus procedimientos y libertad económicos. De allí que el autor piense que se debe reflexionar, a nivel internacional, acerca de la colisión entre la soberanía indígena y la noción de soberanía colonial y su

comprensión del status de la entidad del estado moderno. Al respecto se interroga en torno al privilegio que la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, adoptada por la ONU en 1948 con su análisis privilegiado de los derechos humanos, entendidos como derechos individuales, y el costo que esto tiene para una reflexión acerca de los derechos humanos como derechos de los pueblos. Propone entonces una revisión de injustas nociones de soberanía que afectan la posibilidad de reconocimiento político y de mejoría económica de las comunidades indígenas. Este planteo abre a la segunda cuestión: la crítica a la noción de *desarrollo sustentable*, concepto frente al que se interroga si no nos encontramos ante un oxímoron, es decir, una figura retórica que esconde una antítesis, ya que esa idea, a partir de las ideologías dominantes, ha conducido a mayor sometimiento y explotación de los pueblos nativos. La noción de “desarrollo” condujo, predominantemente, en el análisis del autor, a un resultado “consistente en la imposición de los valores culturales, normas, estructuras sociales y tecnologías europeas. Por lo cual el uso de la palabra desarrollo, en el constructo *desarrollo sustentable*, ha representado en verdad una imposición cultural a los Indígenas Americanos y a otros

pueblos indígenas”. Lejos de desarrollar las culturas nativas, las subsume a los mecanismos de la cultura dominante subordinándola a sus fines.

Este tipo de procesos es analizado, por el autor, en los encuentros que las culturas de los pueblos nativos han tenido con el cristianismo, proponiendo un discurso en donde la idea de imposición colonial predomina en el lenguaje de Tinker, invitando a recurrir a una metodología de encuentro con el pueblo aborígen que incluya el reconocimiento pleno de su dignidad de pueblo y la particularidad de su religión.

Es quizá, a mi parecer, el momento más interesante de la obra cuando Tinker analiza las formas que se han propuesto de interpretar la Biblia Cristiana y, la que él, considera pertinente en relación con la peculiaridad de la cultura indígena. Critica, en primer lugar, la imposición de una única forma de lectura, caracterizada por un horizonte de categorías marcado por la “tradición escolástica eurocéntrica”. En este sentido, advierte que los indígenas americanos leen la Biblia cristiana de un modo diverso al usual de la interpretación corriente entre los euro-americanos. Tres aspectos aparecen como centrales en esta diversidad interpretativa en la propuesta del autor.

Primero, una diferencia fundamental se encuentra en la función atribuida a las escrituras hebreas. La problematicidad de la recepción o imposición de los textos del Antiguo Testamento en los pueblos indígenas provocan una abrogación de los relatos de origen, una dificultad en la validación de las tradiciones nativas y la prescripción de un relato foráneo como causa de la propia historia que resulta de difícil asimilación.

En segundo lugar, hay una diversidad hermenéutica que está condicionada por el contexto sociopolítico de estos pueblos y que provoca una difícil interpretación histórica de la historia de estos pueblos. Los pueblos nativos ¿son los hebreos o son los cananeos que deben ser expoliados de su tierra para que se cumpla el plan de salvación, despojo que se fundamenta desde el plan de Dios? Tinker presenta algunas de las posiciones acerca de este problema comprensivo que se desarrollan a partir del siglo diecisiete con el puritanismo inglés. Estos ingleses invaden Nueva Inglaterra con la conciencia de que son un nuevo Israel que llega a una nueva tierra prometida. Y se alzan con la tierra como don de Dios despojando a los anteriores que son experimentados como usurpadores.

Finalmente, en tercer lugar, hay una diferencia importantísima

que es la constituida por las estructuras cognitivas de las culturas nativas americanas. Aquí el autor analizará dos ideas íntimamente entrelazadas en su narración: la cuestión del espacio/tiempo y la noción de creación. De aquí se desprenderá una peculiar teología del reino, que es predominante en las culturas que él analiza. Estas dos nociones son principios hermenéuticos fundamentales para comprender las estructuras cognitivas de las comunidades indígenas. El espacio/tiempo cargado de significación espiritual está notablemente presente en la literatura de estos pueblos. Noción que conforma además un modo de conducción política determinada. Esto hace que, en el contexto noramerindio, la creación no sea un acto de origen sino fundamentalmente un acto escatológico, entendiéndose desde aquí la particularidad del evento Cristo. Esta perspectiva además nos abre a una comprensión profundamente comunitaria de la experiencia religiosa, horizonte que colisiona con la tendencia más individualista de las expresiones religiosas puritanas europeas ya señaladas. Como ejemplo de ello el autor señala la frase que en el pueblo Lakota –uno de los cien pueblos nativos de Norte América– es utilizada para decir lo que se designaría con la palabra *Amén*: la frase

*mitakuye ouyasin*. Esta expresión dista mucho de tener un sentido de adhesión individual, y está implicando en la apropiación del sujeto a todos los que le están cerca en su vida, si uno tuviera que traducirla podría hacérselo aproximadamente con la frase “para todas mis relaciones”, mostrando la importancia de la reciprocidad en sus formas culturales.

Una de las expresiones que propondrá el autor para comprender las particularidades es la cuestión del reino de Dios en los pueblos nativos. En efecto, el *reino* es una metáfora de la *creación* y, entonces, el reino no es una función de la historia sino el espacio/ tiempo de modo escatológico.

En la última parte del libro, el autor recurre a algunos autores de la teología de la liberación sudamericanos, y particularmente a Gustavo Gutiérrez, para reflexionar en torno a la recuperación de una teología que ofrezca una acentuación de la creación y el reino en la clave antes propuesta, en vistas a poder desarrollar una propuesta encaminada a la realización de la justicia y la paz. La creación es sagrada, fuente de toda vida, es la gran madre. Sólo en el reconocimiento de esto se podrá establecer una garantizada justicia y paz sólida.

El libro propone entonces algunas ideas interesantes para refle-

xionar acerca de las posibilidades y desafíos de la inculturación, ofreciendo también una vía para reconocer en la noción de creación/reino, en el pensamiento indígena, algo distinto del simple animismo y orientado más bien a una perspectiva escatológica de la naturaleza. Junto a los aciertos, el libro genera interrogantes y dudas que ameritan una posterior reflexión.

JOSÉ CARLOS CAAMAÑO